

Signos y segmentos

Luis Javier Moreno

Si nuestro panorama poético fuese algo menos turbio y no estuviera tan contaminado por apandamientos, falsas cautelas, prejuicios, ignorancia y otros condicionantes, este libro, *Signos y segmentos. Segunda Antología* constituiría (de cara a la galería exiguo-pública) el relevante acontecimiento que en sí es... Lo mismo da, lo es, y basta: La buena poesía, como cualquier otro elemento signado por la categoría de la calidad siempre termina (terminará) por defenderse sola.

Con el título de *Signos y segmentos* ya había publicado Jesús Fernández Palacios (La General, Granada, 1992) una antología de su obra, hace tiempo agotada, de ahí lo de *Segunda Antología*. Segunda, por serlo y porque la novedad supone un incremento de casi treinta poemas, inéditos en libro, que no pudieron incluirse en aquella edición porque no habían sido escritos.

El volumen se abre con una «Poética» del autor, en la que éste indica que prefiere «sean quienes lean y entienden» los que opinen al respecto. El poeta, en un ejemplar y modélico ejercicio de *captatio benevolentiae* enumera una serie de rasgos temáticos y formales que, en su poesía, han detectado diversos estudiosos. La obra concluye con una serie de ensayos (de varia y distinta fortuna) sobre la obra de J.F.P. donde puede el lector encontrar algunos de los rasgos a los que se alude en la «Poética». Entre poética y estudios está lo que realmente importa: los poemas.

Hace algún tiempo, en una presentación de la poesía de Fernández Palacios, dije sobre su obra que J.F.P. prefiere la enuncia-

Jesús Fernández Palacios, *Signos y segmentos. Segunda Antología*. Editorial Calambur, Madrid 2007.

ción a las definiciones, la duda que genera lo impreciso a lo cómodamente aceptado. El poeta se demora en el flujo de las impresiones a la espera de que un pensamiento o una emoción exijan que se los delimite y objetivice. Sus poemas (muchos de ellos, a mi modo de ver) representan inquisiciones sobre su particular historia personal, su modo de ver el mundo, la vida y las cosas... Sigo pensando lo mismo, incluso añadiría que la perspectiva que nos otorga el contemplar los treinta años de escritura que reúne esta obra ratifica mi percepción de que tanto las conjeturas como la fantasía o el ensueño libran en los versos de Fernández Palacios una dura batalla con la expresión porque su exigencia respecto al artificio es mucha, siempre ha sido mucha.

El orbe poético de J.F.P. es tan elástico como amplio y por sus distintas regiones transita el poeta, moviéndose en cuerpo y alma, de sur a norte, sin sentirse extranjero en ninguna de ellas, pues tanto en su *cielo* como en su *infierno*, el autor halla el adecuado equilibrio entre habitar y comprender. J.F.P., pese a la nula ambigüedad de sus intenciones, su material poético encuentra siempre el camino adecuado, es entonces cuando los descubrimientos no previstos dan en una curiosa devoción por los objetos y sujetos que animan su trabajo. En esta posición que yo (para entendernos) denominaría de *fronteriza* la poesía de J.F.P. se ha encontrado a sus anchas y no quisiera que la denominación *fronteriza* se entienda de otro sentido distinto al de su estricta significación: un lugar privilegiado, que por el sitio en que se ubica, permite el tránsito entre una y otras partes de esa línea imaginaria que denominamos *frontera*. La actual *Signos y segmentos* atestigua ese dominio de las posiciones partiendo de los poemas que inician la selección, unos poemas en los que el grito resuena con una energía que sacude y desentumece la catalepsia muda de la *poesía reglada*, sea cual sea el reglamento por el que se rija. Los versos finales de «Treinta monedas de pus» no dejan lugar a dudas:

Llantos históricos Desesperación
Hermenéutica sine nómine vulgus
Pan espacial para los que desfallecen
Los gladiolos se están marchitando.

El «llanto histérico» y «los gladiolos marchitos» se diluyen en nuestra propia fiebre dejándonos con el mismo miedo que nos produce el girar de la historia y también con el convencimiento (pese a nuestra impotencia personal) de que sólo mediante la violencia podemos quedar a salvo de la violencia.

Si tuviese que establecer en una gráfica la trayectoria poética de Jesús Fernández Palacios, yo iniciaría la línea en un punto de partida siempre alto, arrancando de los poemas iniciales ya mencionados y que no decaería nunca en ninguno de los puntos de su curso, sin embargo permítaseme que exprese mi personal preferencia por el núcleo de poemas que articulan su libro *De un modo cotidiano* (Madrid 1981), obra de una extraordinaria coherencia. Puede que al señalar esta obra como cima de la poesía de Fernández Palacios esté dejándome arrastrar por mis propias preferencias particulares... Puede ser, aunque insisto en que el arranque de su obra poética debe situarse en una preponderante posición; los ya citados «Rito en la tumba del bardo», «Treinta monedas de pus» o algunos de sus *Poemas anuales*: «Mil novecientos treinta y nueve» (un poema, al mismo tiempo, de extraordinaria sencillez y complejas alusiones) o «Por la metamorfosis de la fiera», etc.; sin embargo permítaseme expresar mi admirada preferencia por poemas como «Cita», «Seguiré viviendo», «Horóscopo», «De la agonía» etc... pertenecientes al ya mencionado libro *De un modo cotidiano*.

Por el mismo tiempo en que Jesús Fernández Palacios escribe estos poemas, muchos de sus contemporáneos se debatían en juegos de estéril saturación cultural que, sin pudor, manifestaba una cierta repugnancia hacia cualquier manifestación de sinceridad poética; por eso resulta refrescante escuchar una voz (la voz de Fernández Palacios) que vuelve a decir «YO» y lo dice en su más estricto sentido literal, sin ningún tipo de subterfugios ni caretas. Una poesía que sin abandonar la realidad, la vela con la sutileza de la elusión, haciéndose más esencial, menos obvia, desprovista de algunos de los efectismos que la habrían hecho llamativa; por eso, creo yo, ni en sus momentos de mayor audacia, rompe con el referente de lo real. Fernández Palacios sabe bien que tanto lo decorativo como lo truculento dejan de ser producto único del genio y que tanto la superficie como la profundidad del discurso poéti-

co deben mostrar un mínimo equilibrio, entre lo subjetivo y la realidad, en caso contrario uno se expone a que la factura a pagar sea la del riesgo de la incertidumbre y una de las características de la escritura de Fernández Palacios, a mi modo de ver, es la de aclarar siempre, al margen del didactismo romo de los realismos elementales. En sus páginas detecto rasgos que, además de conmovernos, nos aclaran, nos iluminan, en el sentido rimbaudiano del concepto, poeta (a Rimbaud aludo) tan apreciado por el poeta Palacios.

Los poemas últimos de *Signos y segmentos. Segunda Antología* muestran un surtido de posibilidades respecto al futuro transitar poético de J.F.P.; no son textos de un libro aún organizado, pero manifiestan preocupaciones nuevas y rasgos que el poeta no había tenido antes en cuenta: formas clásicas, claridad del discurso, introducción de lo cotidiano al margen de simbolismos herméticos, etc... Los poemas finales de esta antología confirman y completan la trayectoria que J.F.P. inició en sus comienzos y que ha ido afianzando más tarde.

La poesía que se escribe en los últimos años considera, incluso depende en buena proporción, de una serie explícita de elementos narrativos articulando, en un mismo texto, lírica y narración de un modo que, ni en frecuencia ni en intensidad, se había utilizado antes de manera tan sintético. En esta estela situaría yo poemas como «He conocido a un ángel» o «Cita en Brest».

Esa fijación en un nuevo modo de realidad me gustaría aclararla (creo que le conviene a ciertos textos de J.F.P.) con una idea esclarecedora de la neofenomenología: «La realidad es actualidad y la inteligencia es actualización.» Este contraste entre actualidad y actualización me sirve muy bien para evitar simplificaciones mecanicistas, nada más... No conviene abusar de los bagajes intelectuales o de sus falsillas; Fernández Palacios sabe, como cualquier buen poeta, que la poesía es un modo de escribir y no un modo de pensar, aunque ello no suponga el que, en dosis proporcionadas, al discurso poético le deba ser ajeno el pensamiento ©